Sara Mesa

Planeta equivocado



EDITORIAL ANAGRAMA

Sara Mesa

Planeta equivocado



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

AYER CUMPLÍ TREINTA Y CUATRO AÑOS. Ayer me despedí del trabajo. Llevaba demasiado tiempo esperando que ellos lo hicieran, pero no había manera. Así que decidí propiciarlo yo misma. Llegaba tarde, bostezaba sin parar, daba contestaciones bruscas a todo el mundo, me equivocaba continuamente. Y ni por ´Esas me dijeron nada. Empecé a sospechar. Quizá yo les importaba tan poco que ni siquiera se habían dado cuenta de mi cambio de actitud. Quizá pensaban que estaba chalada, y que tampoco había que hacerme mucho caso. Quizá me tenían miedo. La situación se volvió insoportable, al menos para mí, que tiendo a tensionarme fácilmente. Me puse un plazo para largarme. El plazo se cumplió y nadie me había llamado la atención. Así que tuve que actuar por mi cuenta. Una decisión unilateral, pensé. Me voy, les dije. Simplemente, sin más explicaciones. Ellos no mostraron sorpresa. Tampoco contrariedad. Casi diría que se quedaron aliviados, sutilmente aliviados. Recogí mis cosas y adiós. Después telefoneé a mi madre y se lo conté.

Lo primero que me dijo fue que estaba loca. Que dónde iba a encontrar un empleo ahora. Que de qué iba a vivir. Luego pareció olvidarse y cambió su típica dicción dramática por otra más ligera, más distraída. Me preguntó qué tal tiempo hacía en Vado, como hubiera podido preguntar cualquier otra cosa. Le describí el cielo plomizo, la densidad de las nubes y las formas que tenían los charcos de las aceras: manos, pies, cabezas, penes; todo un rosario de formas humanas extendidas por los adoquines.

–Bueno, no hace falta que seas tan detallista –gruñó.

En Cárdenas, me contó, también estaba nublado, pero al menos no llovía. Me contó algunas cosas más que no recuerdo. Había dejado de escucharla. Me canso de escuchar a la gente más de cinco minutos seguidos. Mientras ella parloteaba, yo miraba por la ventana al perro abandonado. Lleva ya tres o cuatro días junto al contenedor. Es un perro grandote, con ojos suplicantes y húmedos, tan torpe que ni siquiera sabe resguardarse de la lluvia. Se queda parado bajo los chaparrones con las lanas chorreándole hasta el suelo y gime levemente, muy despacio, como si no tuviera ganas de nada, tampoco de quejarse.

–¿Me oyes? –me interrumpió mi madre.

–Sí, te oigo, claro que te oigo.

Colgó sin felicitarme por mi cumpleaños. O quizá lo hizo y no lo recuerdo; no debería ser injusta con ella. Seguí mirando por la ventana toda la tarde. Los cristales churretosos. Los visillos que odio

pero que nunca me animo a cambiar. La avenida casi vacía –tres o cuatro transeúntes, como perdidos, que avanzaban inestables–. Los autobuses lentos, perezosos, sucios. Un camión de mudanza en el piso de enfrente. Otros más que se van, me dije.

Miré cargar un sofá, un sillón orejero, dos colchones y un buen número de cajas. Después dormí casi once horas del tirón.

HOY HE DEDICADO 27 MINUTOS a hacer la lista de la compra. 27 minutos es demasiado tiempo dedicado a una lista, pero no había ido a comprar desde la semana pasada, justo cuando salí de la última sesión con Segundo, así que me faltaban bastantes cosas.

Me pararé a explicar cómo hago normalmente la lista. Tengo un taco de papel para notas, de 8¥10 centímetros. He trazado un croquis con el plano del supermercado en la esquina superior derecha de cada una de las cien hojas del taco. Invertí bastante tiempo en esto, pero ha resultado útil. Como no hay mucho espacio, tuve que usar abreviaturas. El supermercado es pequeño y las calles se organizan con cierta lógica. A se corresponde con alimentación, L con limpieza, B con bebida, F con frutería, Pf con productos frescos. Cada vez que hago la lista punteo en cada calle cuántas cosas necesito y después trazo el itinerario más corto. Así evito dar vueltas tontamente.

Reconozco que el método tiene sus fallos. El más grave, el de su inflexibilidad. Me pongo muy nerviosa cuando algo se sale de lo previsto. Por ejemplo, si cambian los productos de lugar. Es algo que no comprendo. No hay necesidad de cambiar constantemente los cosas. Son ganas de liar a los clientes. He puesto ya tres hojas de reclamaciones por este motivo.

También me desconcierta lo que ha pasado hoy: desconocer en qué calle está un artículo que no he comprado nunca antes.

En este caso, la comida de perro.

Estaba en la esquina de L con B. Comida para perros, para gatos, para conejos, hámsteres y periquitos. Lo he memorizado todo. También los precios. El paquete de pienso más barato para perros medianos cuesta 6,90 euros.

Más de lo que me pagaban a mí la hora de trabajo.

En la cola de caja se me ha acercado un chico con un cartón de zumo. Lo ha levantado para mostrármelo, y con una sonrisa me ha dicho que s´Olo iba a comprar eso. Yo no he entendido qué quería decir.

–Es bueno ese zumo –le he contestado.

El chico se me ha quedado mirando con los ojos muy abiertos. La cajera también me ha mirado con los ojos abiertos. No sé por qué a veces todo el mundo me mira con los ojos tan abiertos. Parece como si

hubiese un código entre ellos que yo desconozco. Un código que me excluye. Otra vez la teoría del planeta equivocado. Qué cansancio, pienso.

He vuelto a mi calle y he vertido un puñado de pienso sobre el suelo, unas bolitas marrones, uniformes, que huelen a sopa rancia. Al principio el animal se ha acercado desconfiado, con pasos muy lentos. Después, en cuanto ha empezado a comer, se ha relajado. Se lo he notado en la respiración pausada, silbante, casi humana. He visto también que tiene las costillas muy marcadas, legañas en los ojos y una herida con muy mala pinta en una de las patas traseras. Es una especie de pastor de aguas. Un ejemplar viejo y apestoso.

Una mujer se ha acercado a protestar.

–Puestos a ayudar, en África hay niños que se mueren de hambre –ha dicho–. Lo que nos faltaba ahora es dejar toda la acera sucia de comida y que vengan todavía más ratas.

La he mirado sin decir nada. Era una señora–señora, de las de que uno se pregunta qué hacen todavía en este barrio: cuellito de piel de conejo, mechas bien cardadas, sombra azul en los párpados, bolsito de mano y zapatos a juego, las pantorrillas gordas y los tobillos finos. Se parecía a Goldy, la profesora extraterrestre de *Odd City*.

Después he subido a casa. Desde la ventana he visto cómo el perro ha terminado su comida y luego se ha echado a reposar, con su costillar moviéndose arriba y abajo como un fuelle roto.

–EL PAQUETE DE PIENSO me costó más de lo que me pagaban allí la hora –afirmo orgullosa.

Segundo me observa en silencio. Tamborilea su lápiz en la rodilla. Se frota la barbilla con la mano y suspira discretamente.

–¿Y eso te sirve de excusa para pensar que hiciste lo correcto al despedirte? –pregunta finalmente.

–¿Quién ha dicho que piense eso? No sé si hice lo correcto. Ni siquiera me he parado a pensarlo.

Me clava su mirada. Esos ojos de un azul helado, ojos de los que no se ven con frecuencia. Sus venillas rojas, las cuencas gastadas. Da dos palmadas y continúa:

–Bien, no hablemos de corrección. Hablemos de desahogo. Reconocerás al menos que te sientes desahogada desde que no trabajas. Has dejado de buscar otro empleo. Te estás acomodando.

–Yo sólo sé dibujar. Podría encontrar trabajo como dibujante.

–¿Estás segura de que sabes dibujar? Según me has contado, lo que haces es esquematizar posibles storyboards sobre tu serie de cuyo nombre no me acuerdo, pero una vez que ya has visto los capítulos. No antes, sino *después* de haberlos visto.

–*Odd City*. Así se llama la serie.

–*Odd City* o cualquier otra cosa. No grites; controla tu voz.

–No estoy gritando.

–No te das cuenta, pero sí estás gritando. Y a lo que me refiero es a que no inventas nada. Te limitas a copiar. No creo que eso tenga mucho mérito.

No le sostengo la mirada. La paseo alrededor de la consulta: sus sillones de piel gastada, las máscaras africanas, los cristales aislantes que dan a la avenida de la Paz. Se oye el tráfico amortiguado por la distancia. Estamos en un noveno piso.

–Soy la mayor experta en *Odd City* –digo al fin–. Y sé dibujar storyboards. Eso tiene que valer para algo.

Creo que se desespera, aunque no estoy segura. No me resulta fácil saber lo que piensa la gente a menos que lo diga claramente. Y Segundo nunca me dice nada. Se limita a preguntarme o a sermonear. Y todo lo hace con muchísima desgana, como si cumpliese con alguna obligación que no acierto a entender. Lo veo levantarse e ir al fondo del despacho. Coge unos papeles de su escritorio, una especie de formularios impresos en papel de calco. A través de los cristales veo unos vencejos. A esta altura no alcanzan las palomas. Me alegro, porque detesto las palomas. Segundo viene hacia mí tambaleándose. Está demasiado gordo como para sostenerse con elegancia en sus botines. Cada paso en su camino es una lucha por mantener el equilibrio. Lo veo acercarse y veo que suda ligeramente. La frente húmeda, los ojos brillantes. Me extiende los papeles con su voz grave y aburrida.

–A partir de ahora vas a rellenar un diario. En él vas a contar lo que hagas cada día, lo que pienses cada día, cualquier cosa de interés que se te ocurra. Hay dos columnas. Una para los éxitos y otra para los fracasos. Rellénalas sin atormentarte demasiado. Cualquier acontecimiento, por pequeño que sea, puede traducirse en términos de éxito o de fracaso. Quiero que hagas ese esfuerzo de traducción.

–¿Y si no se me ocurre nada de interés? –pregunto.

–Esfuérzate por verlo. Siempre suceden cosas de interés.

Carraspea de nuevo. Estira los dedos de una mano. Tiene el índice y el pulgar tiznados de tabaco. Dedos amarillos y enfermos.

–Vamos, tienes que intentarlo –insiste–. La próxima semana haremos asociación libre. Una sesión canónica, de las que a ti te gustan. ¿Qué te parece?

Yo también me levanto. No contesto. También oscilo entre un pie y otro, en parte por torpeza y en parte porque no sé bien cómo irme o qué decir al irme. Segundo alza una mano, como pidiéndome un poco más de paciencia.

–¿Estás comiendo bien?

–Sí, claro que sí.
–¿Estás vomitando?
–No, por dios, hace tiempo que no vomito.
–Enséñame los brazos –me pide.
–Oh, dios, déjame en paz.
Pego un portazo. Salgo sin siquiera mirar a su secretaria. Ya la conozco de otras veces. No nos caemos bien. Una alemana vulgar, de unos cincuenta años, con una verruga enorme en un carrillo y el culo gordo de las vaderas de toda la vida. De hecho creo que lleva en Vado toda la vida. De Alemania sólo conserva un porte frío y sereno, sin belleza. Siempre he pensado que está liada con Segundo. Probablemente cumple el papel de la amante a la que él hace ya tiempo que no ama, pero de la que no se quiere desprender.
Me voy sin decir nada, pero ella me desea un buen día, hipócrita, educada, con su vocecilla metálica que se me clava en las sienes.
Es su única intervención en esta función absurda.

UNA VEZ ALGUIEN ME HABLÓ de los chips. Así que he cogido al perro y lo he llevado a un veterinario para comprobar si tenía. Me he visto obligada a llevarlo en brazos. No había forma, si no. El animal no se fía, no tiene por qué fiarse. Y sin embargo ha sido extraordinariamente manso cuando lo he levantado del suelo. Pesa bastante menos de lo que aparenta. Está muy flaco. Ya sabía yo que estaba flaco, pero es aún más flaco que todo eso. Como si los huesos los tuviese huecos. Como si fuese de imitación, un perro de cartón o de polvo. He caminado con él más de cuatro manzanas y no me ha molestado su peso en todo el tiempo. Sí su olor. Y la vista de sus ojos legañosos, comidos por las moscas, que produce arcadas si uno se pone a pensarlo.
El veterinario me ha sonreído afablemente. Como si yo fuese de su misma especie, de esa raza de humanos-amantesde-los-animales-por-encima-de-todo.
–A ver si tenemos suerte –me ha dicho.
No la hemos tenido. El perro no lleva chip. No tiene dueño, o a su dueño no le interesa lo más mínimo su paradero. Desde la mesa de metal, el animal nos ha mirado con expresión lastimosa. El veterinario se ha encogido de hombros. Su alegría parece haberse esfumado en un momento.
–¿Lo vas a adoptar tú?
No, claro que no, le he contestado. Yo no puedo adoptarlo. No puedo ni quiero, aunque eso me lo he callado. Por la rendija de la sala de consulta he visto que esperaban fuera dos mujeres, cada una con su perro: una con un caniche enorme en brazos, la otra con un labrador a

sus pies, calmo y hermoso. He pensado que un veterinario debe de gustar mucho a las mujeres. Uno en general, y éste en concreto: joven, apuesto, con aspecto higiénico y deportivo. Me ha mirado impaciente, con los brazos cruzados, su sonrisa limpísima y una ligera suciedad en los puños de la bata.

–Entonces deberías llevarlo a una sociedad protectora –me ha dicho.

–¿Por qué?

–Es un riesgo para la salud que un perro abandonado esté en la calle.

–Yo no lo he abandonado. ¿Por qué tendría que dejarlo yo en ningún otro lado?

–Bueno –vacila y deja de sonreír–..., tú has mostrado interés en ayudarlo.

–No lo he hecho por él. Ha sido sólo para poder anotar algo en mi diario. Tengo que llevar un diario por prescripción de mi psiquiatra.

No tengo por qué ocultarlo. Eso dice Segundo. Aunque es curioso: cuando lo digo la gente se comporta como si no lo hubiese oído.

El veterinario se ha limitado a limpiarse las manos con una toalla y a repetir que un perro así en la calle es un peligro para la salud pública.

–Puedes irte –ha añadido–. No tienes que pagar nada.

Bien. No pensaba hacerlo. No es mi perro. O es tan mío como suyo. Lo he tomado en brazos de nuevo y me he marchado sin despedirme, sin dar las gracias. Igual él a mí no me las había dado cuando llegué, y era tanto su perro como el mío.

Se parecía al médico extraterrestre en *Odd City*.

Al volver a casa he anotado en la columna de los fracasos lo siguiente:

Llevo al perro al veterinario. Sin chip. Devuelvo el perro a su sitio. Por haber ido no me siento ni mejor ni peor que antes. Veo dos capítulos de Odd City *y dibujo 14 storyboards. Preparo arroz con verduras. Éste es el primer día que escribo en este diario*.

–¿POR QUÉ UNA PERSONA de tu perfil busca un trabajo como éste?

–No sé por qué lo hace *una persona*. Yo solo puedo hablar por mí.

–Mira, no tenemos tiempo para perder en chistes. Tu currículum es perfecto. Tu formación es extraordinaria. Has trabajado en buenos sitios; has tenido buenos puestos. Responsabilidades y demás. Sé de lo que hablo.

–¿Eso es malo?

–No, claro que no lo es. Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás de pronto aquí, empezando de cero?

–¿Importa eso?

–Importa si se debe a algo raro. Un despido, una negligencia, un cambio extraño de rumbo, qué sé yo. Deberías explicarlo.

–Todo el mundo tiene derecho a tener un pasado.

–Un currículum es el relato de un pasado. Si cuentas una parte, debes contar también la otra. No puedes hacer un relato a medida. Eso no suena sincero.

–Estoy siendo sincera. No he mentido.

–Lo siento, pero si quieres trabajar aquí nos tendrás que contar qué pasó.

–Me puse enferma.

–¿Enferma? ¿Qué tiene que ver eso? Ponerse enfermo no es un hecho anormal.

–Me puse enferma de la cabeza. Hice cosas raras.

–Eso es distinto. ¿Qué tipo de cosas?

–¿Me creerá si le digo que no las volveré a repetir?

–No lo sé. Insisto: ¿qué tipo de cosas?

LOS LAZOS DE RESPONSABILIDAD dan para mucho que pensar. Tanto al menos como la teoría del planeta equivocado. He dejado al perro donde lo encontré y ahora es como si fuese yo la que lo ha abandonado. No es culpa mía que no tuviese chip, me repito. No es culpa mía, ya lo creo que no, y sin embargo me zumba una molestia en la cabeza, en torno a las orejas, ese zumbido tozudo y desquiciante que me ha estado rondando todo el día. Casi parece que el animal levantara la mirada y oteara mi casa. Casi parece que me exigiera que le lleve más pienso (¡es mi intención hacerlo, no debería mirarme de esa forma!). Desde su sitio junto al contenedor me exhorta a recogerlo, abrigarlo, alimentarlo, para siempre, por siempre, sacándome el bocado de mi estómago si es preciso.

¿Soy responsable ahora de este perro?

SEGUNDO ME MIRA CON LOS OJOS ENTRECERRADOS. Otra vez esos ojos azules que me son tan odiosos, pero de los que en el fondo sé que no me puedo privar. Una dependencia inútil: no está en mi mano que sea de otra forma. Llevamos así más de dos años y nada ha avanzado desde entonces.

–El tipo quería saber detalles de mi enfermedad –repito–. Me lo exigía para darme el trabajo.

–¿No le explicaste que ni tú misma conoces los detalles?

–Quería hechos. Pedía hechos. Tenía que valorar con datos claros qué pasaría si contrataba a una excéntrica como yo.

Segundo se levanta de nuevo. Empiezo a darme cuenta de que cada vez que se descentra tiene que levantarse, quizá para darle más

intensidad o más solemnidad a la tontería que está a punto de soltar.

Sin embargo ahora apunta justo al centro.

–¿No me estarás mintiendo?

–¿Mintiendo? ¿Por qué iba a mentirte?

–Porque siempre te gusta irte a otros mundos.

–Ahora no estoy en otros mundos. Estoy en la maldita consulta de un psiquiatra.

–Es que no puedo creer que todo lo malo te pase a ti –concluye.

¿No puede creerlo? Es fácil no creerlo. Viví toda esa escena aún metida en la cama, buscando excusas para no levantarme y no ducharme y todo lo demás que conlleva el hecho de ir a una entrevista de trabajo. Pero podría ser verdad. Y en ese *podría ser verdad* me apoyo con tenacidad. Eso sí: reconozco que esta vez me ha sorprendido la agudeza de Segundo.

Se bambolea un poco más, carraspea, se rasca un brazo.

–¿Estás comiendo bien?

Ahora sé que viene el resto de la cantinela. *¿Estás vomitando? Enséñame los brazos*. Se los enseño ufana. No hay ninguna herida, ninguna raspadura, ni un cortecito, ni el más mínimo arañazo. Me palmea satisfecho. Cuando estoy a punto de marcharme levanta una vez más sus ojos helados y pregunta:

–¿Qué pasó con el perro? ¿Vas a quedártelo?

–Sí –decido en ese instante–. Así podré estrenar la columna de los éxitos.

MI TEORÍA DEL PLANETA EQUIVOCADO se basa en un sentimiento que tengo desde hace muchos años, quizá desde niña. No es una idea que venga un día sí y otro no. Es algo que me asalta siempre. Una convicción honda y dolorosa. La de que éste no es mi planeta. La de que he nacido en el planeta equivocado. No culpo a nadie. Supongo que estas equivocaciones se producen sin que nadie pueda hacer nada por evitarlas. Pero pasan y condenan a quien las sufre a la incomprensión más absoluta que pueda imaginarse. Porque lo que yo siento es que todos los que me rodean manejan un código que yo jamás podré comprender. Lo manejan hasta los niños, hasta los bebés que no saben todavía ni andar. Un código que va más allá del lenguaje verbal. Mucho más allá. Yo he aprendido a hablar como ellos, me muevo como ellos, actúo como al parecer se debe actuar en cada lugar, pero lo único que poseo es un conocimiento rudimentario, casi inservible, de ese código.

A pesar de todos mis esfuerzos siempre hay algo que se me escapa, algún mensaje, algún significado, algo fundamental que se me escamotea. Soy algo más que una turista en este mundo. Algo más que

una extranjera, que una extraña. Soy una extraterrestre. Éste no es mi planeta y esta lengua en la que escribo ni siquiera es mi lengua. Es la única que me fue dada, pero, entonces, ¿cuál me fue quitada? ¿Dónde está mi planeta real?

La gente que me rodea no es mi gente. Quizá ni siquiera mi madre es mi madre. Porque aunque me engendró y me parió aquí mismo, en Vado, yo soy extraterrestre. ¿Hubo tal vez un trasvase de úteros, de embriones o, para remontarnos más aún, de semen? Al fin y al cabo tampoco supe nunca quién es mi padre. Ella nunca me habló de él. Para protegerme, asegura. ¿Protegerme de qué? ¿De la verdad? ¿De mis orígenes?

TRADUCIRLO TODO en términos de éxito y fracaso me obliga a una disciplina sin sentido. He aquí el relato de mis primeras horas con el perro:

Columna de los éxitos / **Columna de los fracasos**

[illegible] escondido debajo del [illegible] había pasado toda la tarde asomada a [illegible] persiana sin apenas moverse.

[illegible] semestres.

HOY, COMO NO HABÍA nada nuevo que contar, he escrito el sueño que tuve anoche. Es evidente que está relacionado con el perro. Al principio no supe si ubicarlo en la columna de los éxitos o en la de los fracasos. Después decidí dividirlo en dos partes, y quedó así:

Columna de los éxitos / **Columna de los fracasos**

[illegible] la humedad y predominan los tonos cenicientos. Hay más coches por la [illegible] pero aún jadea.

[illegible] también sale al jardín en dirección a un cuartito de herramientas. No sé para qué demonios necesita ahora las herramientas. Voy a decírselo cuando las palabras se me congelan en la garganta. Tras él hay un león monumental. Se le acerca caminando despacio, con elegancia. Sus patas son como columnas; su porte es de león de piedra. Quiero avisar a mi compañero, pero no puedo. El león se acerca hasta rozarlo. Mi compañero se vuelve, lo ve y queda petrificado. El león lo devora con detenimiento –primero la cabeza, luego los brazos, el tronco, las piernas, por último los pies–, con dentelladas limpias que sin embargo no me ahorran el espectáculo de la sangre.

–A MÍ ESTO DE LAS COLUMNAS no me convence –le digo a Segundo.

Me gustaría que se resistiera, que argumentase, que me animara a continuar con la tarea de cualquier modo. Pero me mira con desgana y

balancea pesadamente la cabeza, como dándome la razón a su pesar.

Estamos en lo de Chico Quinto. La mujer de Chico limpia la barra una y otra vez con una bayeta sucia que apesta a lejía. Segundo bebe un gin tonic y yo una cocacola templada. Encaramado a su taburete, fija su mirada en mi diario extendido entre nosotros. Puedo notar con claridad que no lo está leyendo.

–Pero no es mala idea lo de apuntar los sueños –dice al fin–. Porque los sueños siempre nombran lo innombrable.

Eructa con disimulo. Está ya medio borracho y parece también muerto de sueño. Ésta es su idea de una sesión canónica, la asociación libre que según él a mí tanto me gusta. Nada de diván, me dice siempre. La psiquiatría moderna ya demostró hace tiempo que el diván es un elemento coercitivo y distorsionador. Es mucho mejor trabajar la divagación (¿proviene de *diván*?, bromea), hablar en un contexto distendido. El bar es el medio natural de la conversación. Y a Chico Quinto lo conoce desde que eran niños. Así que aquí estamos, conversando. Más o menos conversando.

–Pues dime entonces quién es mi compañero invisible. El devorado, al que nunca llego a ver la cara.

–Querida, yo no interpreto sueños en términos de equivalencia, con eso de *esto* es *esto*, y *aquello, lo otro*. Los sueños deben interpretarse en términos oníricos. Igual que la poesía.

–Nunca me gustó la poesía –digo–. Nunca la he entendido.

–Lógico. Te falta la capacidad de leer entre líneas.

–Pues no entiendo por qué hay que hablar entre líneas. Lo difícil es decir las cosas directamente. Usar las palabras para nombrar las cosas como son.

–¿Acaso tú sabes cómo son las cosas como son?

–No. Pero eso no me conduce a escribir poesía.

Ríe atorándose. Me avergüenzo un poco de él, aunque nadie nos mira. El bar está casi vacío. Una mujer mayor se sienta sola en la mesa de la esquina. Otros dos hombres están al otro extremo de la barra, muy pegados el uno al otro, aunque no cruzan palabra. Chico Quinto acarrea unas cajas de bebidas hasta el almacén. Hay poca luz y hace calor.

–Lo que debes hacer... –titubea–... Mira, ya no eres joven. Puedo darte miles de consejos, pero sólo tú sabes lo que tienes que hacer. Si no mueves el culo, al final vas a quedarte sin tu trozo de tarta.

Es una filosofía de pacotilla, pienso. La psiquiatría de la imbecilidad. No me molesto en contestarle. Resoplo ostentosamente mientras él vacía su vaso. Una sombra le recorta un pedazo de rostro. Parece como si sólo tuviese un ojo, un ojo vidrioso y ciego, y media nariz bulbosa y amoratada.

–¿Qué tal va tu perro? –murmura sin moverse, sin mirarme.

Al pronto casi lo había olvidado. Improviso un discurso sobre piensos, vacunas, ladridos y baños. Invento muchas cosas. Por primera vez me imagino una vida en la que yo desempeño el papel de cuidadora en vez del de enferma. La perspectiva no me disgusta.

–¿Cómo se llama?

–¿Quién?

–El perro, quién va a ser.

–Aún no tiene nombre.

–Vaya. ¿Y te sientes bien con él?

–Sí. Muy bien.

Pedimos una segunda ronda de bebidas y continuamos la sesión un poco más. En teoría yo debería hablar sin que él me interrumpiese; hablar sobre recuerdos de mi infancia, terrores antiguos, complejos y cosas así, pero no se me ocurre qué decir y permanezco con la cabeza baja y los labios fruncidos. Así que se suceden sus preguntas cansadas y rutinarias y mis mentiras también cansadas y rutinarias. Chico Quinto ha terminado su trabajo y se acerca a nosotros con un botellín de cerveza. Su mujer bizquea desde el fondo al mirarlo. Chico Quinto está enfermo del hígado y no debería beber. Eso es al menos lo que me dijo ella un día. Una cuidadora, sin duda una verdadera cuidadora.

ACABO DE LLEGAR A CASA. El perro ha venido hacia mí con los ojos húmedos y su trotecillo torpe, enredándose entre sus propias patas lanosas. Un recibimiento al fin y al cabo.

Vengo de la consulta de Segundo. Andaba hoy algo desesperado porque su secretaria–asistenta–y–quizá–amante se ha marchado sin dar explicaciones.

–¿A Cárdenas? –he preguntado yo.

Segundo no me ha contestado. Sentado en su marcel breuer de imitación, con la cabeza inclinada, loncheado por el sol que se filtraba por la veneciana, parecía más un muñeco grotesco que un humano.

–Me siento como un perro abandonado –ha dicho al fin.

–Pues yo no puedo recogerte –he reído–. Yo ya elegí a mi perro abandonado.

Segundo ha gruñido como para darme a entender que sí, que sí, que ya lo sabe. Me he sentado frente a él, muy cerca, venciendo el asco, y lo he mirado hasta obligarlo a hablar.

–¿Ves? –me ha dicho–. Todo el mundo se va. Tú deberías irte también.

–No voy a irme. Yo tengo ahora una responsabilidad. Tengo un perro. Ahora soy una cuidadora. ¿Por qué no te marchas tú? Aquí ya no te quedan clientes. Y los que te quedan ni siquiera te pagamos.

Segundo ha vuelto a clavarme su mirada azul, helada, cruel.

–Tú no eres una cliente –ha dicho.

He pensado si no sería un buen momento para preguntarle por mi madre, por sus relaciones con mi madre, por las obligaciones secretas que debió de contraer con ella en un pasado. A mí me cuesta entender todas esas cosas. No soy de este planeta, no hay que olvidarlo.

Pero no he dicho nada. He sido incapaz de decir nada. Me he encogido de hombros y he salido de vuelta al calor de la calle.

El perro apoya ahora su cabeza en mis piernas. Creo que mañana voy a intentar darle un baño.

MI QUERIDO SEGUNDO: empiezo a comprenderlo todo lentamente. Mirándote derrengado en lo de Chico Quinto, apoyado con indolencia sobre la barra, con tu mano peluda que se aferra al vaso largo, comprendo que me sienta nacida en el planeta equivocado.

¿Acaso te sientes tú habitando el tuyo?

Sabes que no soy buena para hacer inferencias. Nunca lo he sido. Tampoco los dobles sentidos son lo mío. No sé ir más allá de las palabras, de las palabras de este lenguaje ajeno. Pero me lo explicaste mil veces y he aprendido a entender que cuando decimos “mil veces” no significa exactamente “mil”, sino “muchas” o “más de las normales”. No todo el mundo es capaz de entenderlo, pero ahora yo sí. Eso es lo que dijiste.

Ahora, ves, después de tanto tiempo, he hecho una inferencia. Columna de éxitos, recuerdo de pronto, y anoto:

¡He hecho una inferencia! Por qué antes no la hice, no lo sé. Quizá este perro lanudo que duerme en mi sofá –ya bañado, aún enflaquecido– tiene algo de culpa en todo esto. Ser cuidadora me ayudó a pensar, quién sabe.

Me detengo. Reflexiono. Ahora, columna de los fracasos:

Aunque debo confesar que no quiero a este perro. No siento por él ninguna clase de afecto, ni siquiera lástima, sólo una especie de obligación metódica y precisa.

Tampoco tú me has querido nunca, y sin embargo te sentiste forzado a cuidarme. A tu modo, a tu torpe manera, pero sí: a cuidarme.

He añadido nuevas rutinas a mi espantosa cotidianeidad. Ahora no sólo memorizo los capítulos de *Odd City*, no sólo paso horas y horas frente a la ventana mirando los cada vez menos habitantes y los cada vez más animales abandonados –un hurón vi ayer, una ardilla esta mañana–. Ahora también malgasto gran parte del tiempo escudriñando mi imagen ante el espejo, buscando tus rasgos en mis rasgos, tus sombras en mi sombra, tu extrañeza en la mía.

NO SÉ SI YA HE CONTADO que *Odd City* es una serie sobre la

invasión extraterrestre de una ciudad en la que, paulatinamente, se van sustituyendo las calles, las plazas, los edificios, cada uno de los elementos urbanos –columpios, buzones, tiendas, farolas, pérgolas–, por réplicas idénticas construidas *fuera de este mundo*. De este modo, la ciudad permanece igual en apariencia, aunque envuelta en un extraordinario clima de extrañeza. La población también va siendo sustituida por fases. Los antiguos habitantes no pueden saber qué está sucediendo, aunque cuando se cruzan con un suplantador son conscientes –de un modo irracional, intuitivo–de la terrible invasión. No creo que haya nadie en esta tierra tan obsesionado con esta serie como yo. Una obsesión lateral, por así decirlo, gestada *desde fuera*. Y precisamente por ello, mucho más auténtica.

MIRO TU ESPALDA COMBADA, las manos cruzadas tras de ti como dos animales inflados. Te miro mientras tú miras hacia la calle desde el noveno piso de tu consulta. Ya ni siquiera hay autobuses. Han cortado las líneas por la falta de usuarios. Me extraña que no lo hayan hecho antes.

Te expliqué mis planes mientras permanecías de espaldas. Movías ligeramente la cabeza a un lado y otro, aunque no sé si asintiendo o con desaprobación.

Al cabo del rato te volviste hacia mí.

–Entre tus planes también está dejarme, ¿verdad? –preguntaste.

Tu mirada era desapasionada. La mirada más fría del mundo.

–Sí. No soy yo la que te necesita –dije.

Tu voz tembló:

–Has de saber, querida, que es tan inútil huir del pasado como del futuro. Los dos te perseguirán todo el tiempo.

Luego reíste. Balbuceaste algo con la cabeza inclinada, algo que no intenté siquiera comprender. Seguiste riendo torpe y desmañadamente hasta que sentí el suficiente azoramiento como para marcharme.

El ascensor estaba averiado. Bajé las nueve plantas tratando de olvidarte.

HOY RECIBÍ UNA LLAMADA de mi madre. Raro, porque siempre soy yo la que la llama. Obviamente, el caso era distinto.

–¿Qué ha sido de Segundo? –me preguntó a bocajarro.

Su tono era inquisitivo, tenaz. Yo di alguna respuesta evasiva mientras le rascaba las orejas al perro.

–No, no, no me mientas –prosiguió–. Hablé con la mujer de Chico Quinto. Cree que se vino para Cárdenas. No lo quiero tan cerca. No me fío.

El perro cerraba los ojos con evidente placer. *Eso está bien, eso está*

bien, susurré.

–¿Qué está bien? Este hombre no sabe lo que hace. Debía estar pendiente de ti, no de mí. Pedazo de imbécil. Dice la mujer de Chico que hasta a ellos les dejó dinero a deber.

–Olvídalo, mamá –dije al fin–. Ten por seguro que ha ido mucho más allá de Cárdenas. No va a ir a buscarte.

Ella pareció calmarse, tomar resuello.

–¿Estás segura? –dijo.

Después siguió la conversación de siempre: *Qué tal el tiempo en Vado. Bien, mucho calor. Qué tal el tiempo en Cárdenas. Bien, mucho calor también*.

–El propio de la época–dijimos al unísono.

Colgó y yo continué sin moverme.

Por la tarde escribí tres guiones alternativos al capítulo 83 de *Odd City*.

Por otro lado, he de decir que, como se acabaron las consultas, también he acabado definitivamente mi diario segmentado en columnas. Ya no hay éxitos ni fracasos.

Al final, como era de prever, Segundo ni siquiera se molestó en leerlo.

Edición en formato digital: marzo de 2013

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2779-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Sara Mesa

Planeta equivocado



EDITORIAL ANAGRAMA